Alfonso Reyes

LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGVEDAD

fórcola

LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD

Alfonso Reyes

LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD

Prólogo de
Juan Malpartida

fórcola

Singladuras

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez
Diseño de cubierta: Silvano Gozzer
Diseño de maqueta: Susana Pulido
Producción: Teresa Alba

© FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 1979
© Del Prólogo, Juan Malpartida, 2011
© Fórcola Ediciones, 2011
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-914-2011
ISBN: 978-84-15174-07-3 [edición impresa]
ISBN: 978-84-15174-24-0 [edición digital (PDF)]
Imprime: Elece Industria Gráfica, S. L.
Encuadernación: Moen, S. L.
Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Prólogo de Juan Malpartida 7
Alfonso Reyes y los libros

Libros y libreros en la Antigüedad 15

Testimonios literarios y descubrimientos de papiros 17
Rollos de papiro y códices de pergamino 19
Comercio del libro entre los griegos 33
Editores romanos 43
Las librerías en Atenas y en Roma 61
Las antiguas bibliotecas y los antiguos bibliófilos 65

PRÓLOGO

Alfonso Reyes y los libros

Juan Malpartida

ESCRIBIR, editar, conservar y leer son cuatro procesos relacionados con una sola experiencia compleja: la de la transmisión de la cultura, sea ésta la vuelta a casa de Odiseo, un tratado de geometría o una sátira teatral. Somos transmisores, afirmó en un bello poema D. H. Lawrence. También: receptores. Una biblioteca es un conjunto pequeño o inmenso de datos, de cifras, de signos que aguardan ser descifrados, incorporados, mantenidos vivos gracias a la lectura. Por la lectura –pero no únicamente por ella– sobrevive la doble naturaleza de los seres humanos. No necesitamos leer ni escribir para reproducirnos, pero sin esa acción de garabatear unos signos, de pronunciarlos, apenas seríamos lo que somos. La escritura/lectura, a pesar de que a veces nos parezca una tarea extraña, es, en el fondo, producto de la evolución. Es cierto que los genes sólo nos acompañan hasta el umbral de las palabras y que el lenguaje mismo se sostiene en una red social; pero también lo es que el desarrollo verbal influye en el cerebro. Un libro, una biblioteca, es una respuesta a la incertidumbre: es un orden que incorpora lo azaroso, lo

indeterminado. Quien lee sigue unas reglas, pero la lectura en sí misma conlleva siempre una variación, una diferencia. Sólo lee un individuo, siempre es una sola persona la que está leyendo, aunque se haga en grupo, o se oiga una sola voz (la del texto, silencioso o sonoro), y esa individualidad, además de tener la posibilidad de experimentar modificación en una u otra medida, modifica también lo leído. Incluso si se trata de una fórmula matemática; porque una sola y sencilla fórmula puede desarrollarse de maneras muy diversas. Así que una biblioteca, lejos de ser una realidad apartada es, por el contrario, una entidad profundamente relacionada con la vida.

No es de extrañar que desde los comienzos de la escritura se haya tratado de conservarla y transmitirla, a veces con temor, relacionando esos papiros, tablillas o huesos con lo sagrado e iniciático: la cultura siempre ha tenido algo o mucho de culto. El poeta y erudito Alfonso Reyes (Monterrey, 1889-Ciudad de México, 1959) desarrolló a lo largo de su vida una obra de dimensiones enciclopédicas. Gran lector y coleccionista, también conformó una biblioteca personal notable, denominada con humor por Enrique Díez-Canedo y por Toussaint «Capilla Alfonsina», hoy Casa Museo Alfonso Reyes. Reyes escribió poesía, teatro, cuento, narración, memoria, retratos, pero el grueso de su obra está conformado por miles de páginas dedicadas a la literatura y la vida literaria, a la filología, al mundo clásico, griego y latino (del que fue un memorable traductor y

estudioso); por estudios de las literaturas europeas y americanas, de la historia al fragmento, del panorama de esta o aquella disciplina o aspecto cultural al detalle y la anécdota. México ocupa muchas de sus páginas, pero es un México inserto en un diálogo que lo trasciende. Acumulaciones, escolios, resúmenes y exploraciones, es cierto, pero también búsqueda de unidad, de ritmos a través de lo diverso. Los veintitrés tomos de sus *Obras Completas*, a los que hay que sumar varios de correspondencia, han sido descritos de muchas maneras, con mayor o menor felicidad o entusiasmo, pero todas estas descripciones coinciden en la excepcional calidad de su prosa, admirada por Borges y Bioy Casares, por Octavio Paz, Alejandro Rossi, Vargas Llosa y George Steiner, entre muchos otros escritores. Una prosa creativa y moderna, pero una prosa rica en contenidos que sigue en buena medida alimentando nuestras reflexiones y nuestra imaginación.

El vínculo de Alfonso Reyes con España fue profundo. Tras el asesinato de su padre, el general Bernardo Reyes, en 1913, en la toma del Palacio Nacional, y tras la llegada de Victoriano Huerta a la presidencia de la República, Reyes sale del país con su mujer y su hijo rumbo a París. Estancia corta porque el estallido de la Primera Guerra Mundial le conduce a España, donde vivió hasta 1924, fecha en la que vuelve a París. Fue un periodo de gran vivacidad y de muchas horas de estudio. Su vínculo con intelectuales y escritores fue amplio y fecundo,

con nombres como Ortega y Gasset, Enrique Díez-Canedo, el historiador cubano y diplomático José María Chacón y Calvo, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, Pedro Salinas, Américo Castro, José Moreno Villa, Azorín, Manuel Azaña... El Ateneo de Madrid fue quizá el centro más importante de sus encuentros, pero también las azarosas tertulias y la calle, dejando una hermosa semblanza en *Cartones de Madrid*. Además de Madrid y París, la vida diplomática lo llevó a Buenos Aires y Río de Janeiro, antes de establecerse de manera definitiva en México, donde fue maestro (de la erudición al humor) de tantos. Fue un mexicano atípico.

La obra de Reyes está sostenida por el estilo, pero no se puede decir que sólo sea por esto. Es cierto que una parte de su tarea como escritor estuvo dirigida a actualizar la cultura mexicana, y de paso la nuestra, y, quizá sin pretenderlo, colaborar de manera decisiva a cambiar nuestra lengua («renovar la prosa castellana», según Borges). Pero también fue un pulcro y lúcido lector de Góngora y de Mallarmé, un filólogo riguroso a la hora de editar *Mio Cid* y un lector inteligente cuando penetra en las luces y sombras de experiencias centrales, como la libertad. Se ha hablado de Montaigne o de Menéndez Pelayo a la hora de buscarle pares. Hijo de un momento violento de la historia de México (y del mundo), fue todo lo contrario: un conciliador. Puso una sonrisa allí donde otros exhiben la negación o la incuria. Tuvo simpatías y diferencias, sin duda, pero su mundo –a

veces regido por el tono olímpico de la diplomacia– estuvo signado por la afirmación, por la búsqueda, un poco neoclásica, de lo bueno y lo bello. No fue el Montaigne de nuestras letras porque el gran escritor francés fue en realidad el autor de una obra, los *Ensayos*, cuya materia fue él mismo, entendiendo que esta radicalidad no es restrictiva, porque está sostenida por una noción analógica: un hombre es todos los hombres. Montaigne hizo de la confesión y de la observación de lo minucioso una filosofía, y Reyes fue escasamente confesional, además de que su obra es la de un intelectual erudito fascinado por los más variados conocimientos humanísticos. Tuvo la superstición de la erudición, de la ficha, de la nota al pie, de lo que particulariza, pero quizá no, o no suficientemente, la actitud del filósofo y del científico, que contemplan lo esencial y lo común. Tal vez hay que decir que no dejó de ver en lo particular un acento de algo mayor. En cuanto a Menéndez Pelayo, comparte con él su enciclopedismo y también dos rasgos conformadores de su mente: la capacidad de trabajo y una inmensa memoria. Los distingue, al menos, esto: Reyes no tuvo una religión (y una ideología) que defender, señalando herejes y disidencias desde los orígenes al presente, como hizo el polígrafo santanderino. Octavio Paz lo dijo en un bello ensayo de 1960: «Si no fue perseguido, tampoco persiguió a nadie». Como señaló Adolfo Castañón, Alfonso Reyes fue un líder cultural, pero no ideológico. Fue también un escritor generoso y posibilitó la

edición de obras importantes, que sin duda admiró aunque no afinaran del todo con su espíritu, como *El laberinto de la soledad* o *El arco y la lira*, de Octavio Paz. Líder cultural, no marcó los rumbos de la poesía, el pensamiento o la ficción. Sin embargo, en Hispanoamérica y sobre todo en México, esa inmensa biblioteca que es su obra ha sido visitada (y a veces saqueada) por generaciones sucesivas de escritores. Incluso en los más escépticos, entre aquellos que importan, ha dejado una huella importante en la consecución de su escritura, ha modificado sus maneras de escribir, lo que significa que ayudó a dotarlos de un instrumento sin el cual la realidad de sus obras sería –dado que hablamos del aprendizaje de una cualidad– más pobre.

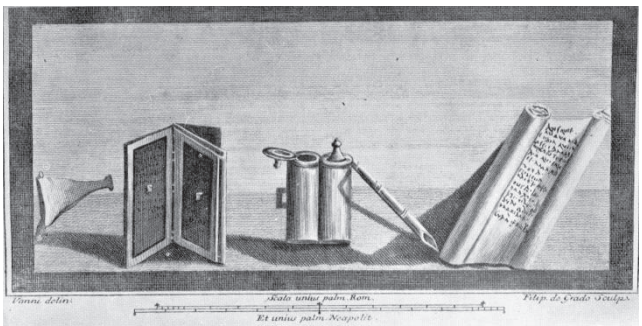
Alfonso Reyes escribió diversos textos sobre la suerte de los libros en la cultura. *Libros y libreros en la Antigüedad* no es del todo una obra de Reyes sino una refundición partiendo del libro de Pinner *The World of Books in Classical Antiquity* (1948). Condensó y amplió dicho texto y lo publicó dentro de su Archivo (para uso privado y de los *happy few*) en 1955 y, posteriormente, recogido en el volumen XX (1979) de sus *Obras Completas* a cargo de Ernesto Mejía Sánchez. Pertenece a un periodo en el que Reyes se dedicó de manera intensa al mundo clásico griego y latino. Es curiosa su humildad: nunca se consideró un helenista, pero sólo citando algunos de sus títulos podemos vislumbrar las dimensiones de su aportación: *Religión griega* y *Mitología grie-*

ga (vol. XVI), *Los héroes. Junta de sombras* (vol. XVII), los *Estudios helénicos* (vol. XVIII) y la traducción en alejandrinos, con introducción y notas, de nueve cantos de *La Ilíada*.

Este pequeño libro es una magnífica introducción, no exenta de erudición a pesar de su brevedad, a la arqueología del libro y las bibliotecas, privadas y públicas, desde los papiros, cuyo material se importaba de Egipto, a la vitela, en la que se comenzó a copiar en el siglo IV todos los textos de la Antigüedad. Juvenal ya había vaticinado que el papiro tenía los días contados. Aquí seguiremos el paso de la manufactura griega a la latina, las condiciones de su difusión y acumulación, el inicio de los libreros (que eran los mismos editores), quienes anunciaban sus rollos a la entrada de sus tiendas, igual que hacemos nosotros en los folletos, con un breve fragmento o sinopsis de la obra; del precio de las obras y su comercio, el prestigio que suponía tener una biblioteca, y el nacimiento de las primeras bibliotecas públicas. Plinio dijo algo realmente hermoso y cierto al respecto: «A no ser por los libros, la cultura humana sería tan efímera como lo es el hombre». Gracias a los libros la vida continúa fuera de nosotros y se prolonga en los tiempos inmediatos y futuros. También, ya lo hemos señalado al comienzo, es la forma más privilegiada de afirmar y ahondar en nuestra naturaleza, hecha, en lo que nos define como especie, de saber. No es casualidad que los libros hayan sido el objetivo de muchas destrucciones con el fin

de acabar con la memoria de algunos individuos o pueblos, destrucciones que siempre han tenido un origen religioso o ideológico. Se quemaron libros en China doscientos años antes de nuestra Era, de Protágoras a comienzos del siglo V; en Florencia, en el siglo XV –en la llamada «Hoguera de las vanidades»–, se quemaron numerosas obras en nombre de la ortodoxia, y asimismo se quemaron, a manos de la Inquisición, manuscritos mayas por el franciscano Diego de Landa; recordemos la quema de libros de caballerías en el capítulo V de *El Quijote* (es decir: dentro de un libro), y las tristemente famosas hogueras de libros en las calles de Berlín el 10 de enero de 1933 y durante toda la Segunda Guerra Mundial. Más cerca de nuestros días, Pinochet, al comienzo de su golpe de Estado en Chile (1973), mandó quemar numerosos libros de tema político, junto con otros muchos que les sonaban peligrosamente a sus huestes. Ray Bradbury hizo de la quema de libros y su opuesto, la memorización de ellos, un bello libro: *Fahrenheit 451*. Bien, la obra de Alfonso Reyes es un símbolo de exaltación y cultivo de la memoria, del pasado y del presente, de la diversidad reunida en la preciosa complejidad de sus muchas páginas, cuya puerta, para quien no lo haya descubierto aún, puede ser esta pequeña obra sobre libros, libreros y bibliotecas del Mundo Antiguo.

LIBROS Y LIBREROS EN LA ANTIGÜEDAD



Materiales escriptorios de una pintura mural de Herculano, anteriores al 79 d. C. De izquierda a derecha: raspador, tablillas, tintero doble sobre el que se apoya una pluma y un rollo desplegado en el centro y enrollado en los bordes (Nápoles, Museo Nacional).

Testimonios literarios y descubrimientos de papiros

EL INFORMAR sobre lo obvio es superstición histórica o vicio de coleccionista entre los modernos. Los antiguos eran más sobrios. Apenas han dejado escasas noticias sobre lo que fue, en su tiempo, la fabricación y la circulación de los libros. Ni sospechan el interés del anticuario futuro, ni la importancia que habían de adquirir con los siglos las artes y las instituciones de la librería, apenas en embrión. Platón, Jenofonte, Aristóteles ¿cómo iban a suponer que buscaríamos en sus obras los vestigios para la reconstrucción de este capítulo perdido? ¿Cómo habían de suponerlo Cicerón, Horacio o Marcial? A las casuales informaciones de los clásicos añadamos tales páginas fortuitas de la más antigua Patrística o la más temprana Edad Media: el mosaico no se completa.

Pero una cosa es la institución de la librería y otra la apariencia de aquellos objetos que entonces equivalían a nuestros libros. Sobre ellos nos ilustran, indirectamente, las artes –estatuas, relieves, vasos y murales–, y directamente, los millares de copias que aún conservamos, aunque sea en estado de ruinas. Tales los papiros que tanta luz han venido a dar sobre ciertas zonas de la literatura griega.

En 1752 se desenterró la Villa de los Pisones en Herculano, aquella ciudad que desapareció con Pompeya, el año 79, bajo la erupción del Vesubio. Allí se encontraron hasta ochocientos rollos carbonizados que hoy custodia, en su mayor parte, la Biblioteca Nacional de Nápoles y de los que unos cuantos emigraron hacia la Bodleiana de Oxford. Ha sido posible restaurarlos de algún modo y leerlos. Estos rollos o «volúmenes» eran los libros de los antiguos.

De tiempo en tiempo, los papiros han venido apareciendo en Egipto. Durante los últimos cincuenta años se ha producido una verdadera marea. Se encuentran obras que gozaron de singular predilección entre los grecoegipcios de la edad tolemaica y los grecorromanos del Imperio: de comienzos del siglo III a. C. hasta el crepúsculo de la Antigüedad clásica. El Museo Británico posee una rica colección. Los volúmenes yacían secularmente enterrados bajo las arenas del desierto, o se los ha rescatado materialmente de los basureros suburbanos. Otros habían servido para envolver los cadáveres, y otros, en fin, según la antigua costumbre de acompañar a los muertos con sus objetos favoritos, habían ido a dar a los féretros. Hay papiros notoriamente destinados al público, y los hay de uso privado.

Rollos de papiro y códices de pergamino

El material del libro clásico era el «volumen» o rollo de papiro. El papiro se importaba de Egipto y, en la Antigüedad, casi sólo en aquel suelo se daba, aunque hoy ha desaparecido del todo por la cuenca del Nilo. Los árabes, en sus excursiones victoriosas, lo llevaron primeramente a Sicilia, donde las graciosas cañas todavía impresionan al viajero en las cercanías de Siracusa.

El uso del papiro para la escritura es un temprano descubrimiento egipcio, aprovechado pronto, como tantos otros descubrimientos de aquel pueblo vetusto y admirable, por los griegos y los romanos.

La manufactura de las bandas de papiro ha sido minuciosamente descrita por Plinio el Viejo en su *Historia natural,* obra que viene a ser una enciclopedia. El proceso era complicado y difícil, y el papiro resultaba caro, más que el buen papel de nuestros días. La industria tenía singular importancia entre los artículos de exportación que elaboraban los egipcios. Por los días del Imperio romano, parece que era un monopolio imperial. Entre los llamados Papiros Tebtunis, se ha encontrado un

recibo por los derechos que percibía el Estado. Se nos dice que el emperador Firmus (siglo III d. C.) se jactaba de poder sostener un ejército entero con los productos de este comercio. Tal vez quiso significar que él mismo era dueño de grandes manufacturas de papiro. En todo caso, la Roma imperial consumía enormes cantidades de este precioso material: ocupaba toda la carga de algunos barcos, y se lo conservaba luego en almacenes especiales (*horrea chartaria*).

Juvenal, en su primera sátira, dice que el libro de papiro está condenado a una vida efímera; y de hecho, sólo en el clima seco del desierto ha podido perdurar el papiro hasta nuestros días. En climas más húmedos, la vida de este material es muy limitada: los antiguos consideraban ya como una rareza un rollo de doscientos años. Y todavía el decaimiento aumenta con el manejo y el constante enrollar y desenrollar. Además, no hay que olvidar la obra destructora de la polilla, tan aficionada a los rollos de papiro como ya lo lamentaba Luciano. Horacio se queja, burlescamente, de que su obra ha de desaparecer bajo la plaga de la «inestética» polilla.

En Grecia, el uso de los libros en forma de rollo puede rastrearse al menos desde comienzos del siglo V a. C. En adelante, se lo encuentra corrientemente representado en las obras de arte, como el magnífico relieve ático en cierta tumba de la Abadía de Grottaferrata, junto Roma, que figura a un muchacho lector en actitud sedente.

Joven leyendo un rollo, de un relieve sepulcral ático del siglo V a. C. (Abadía de Grottaferrata).

Por toda la edad clásica, el rollo de papiro fue el vehículo de la cultura griega; cuando Grecia fue avasallada, los romanos adoptaron el producto, desde el siglo II a. C.

En los días del Imperio, se encontraban en Roma varias calidades de papiro. El mejor se llamaba «imperial» (*Augusta, Livia* o *Claudia*). Ya Catulo habla del «real» (*charta regia*) como de un lujo. Las fábricas egipcias entregaban rollos de distintas formas y dimensiones. Para las obras científicas se prefería el papiro de dimensiones grandes, el rollo ancho; y el más pequeño se consideró más propio de la poesía. Desde luego, los grandes rollos corrían peligro de desgarrarse más fácilmente, y eran, digamos, «menos populares». Se atribuye a Calímaco esta sentencia: «Un libro grande es un gran daño». A juzgar por los

volúmenes descubiertos y por los datos que hallamos en Plinio, el tamaño usual era de unos 10 metros de largo por unos 25 cm de ancho. El rollo cerrado hacía un espesor de unos 5 o 6 cm, y cabía en el hueco de la mano.

Es raro que se escriba en los dos lados de la banda. Generalmente, la cara externa se deja en blanco. Y, a lo largo de la cara interna, la escritura se divide en columnas paralelas que corresponden a nuestras páginas y que, de hecho, se llamaron *página*. El texto comienza a la izquierda, y las columnas se suceden de izquierda a derecha con un margen que encuadra como un marco blanco cada página. La columna suele tener una anchura de unos 8 cm. Para los versos, la anchura depende del metro. Los buenos ejemplares muestran una escritura muy regular y dan el efecto de la impresión. El área de la superficie escrita es más o menos la de nuestro *in-octavo* en la mayoría de los casos.

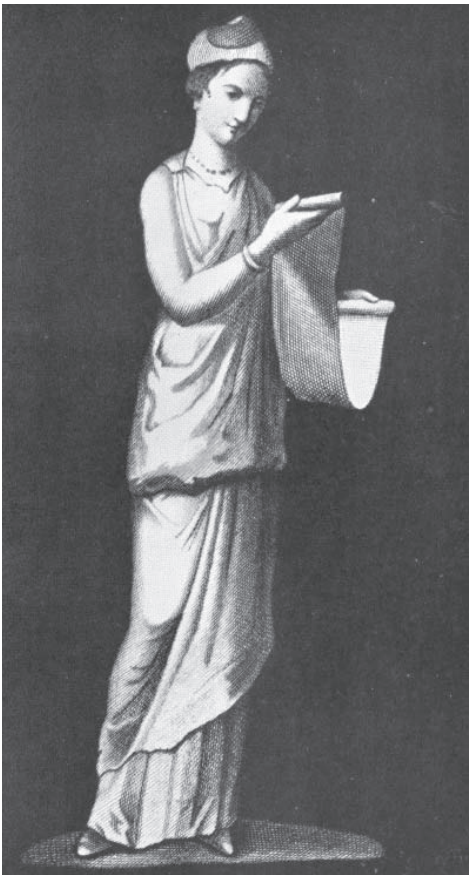
En un volumen cabían dos cantos de la *Ilíada*. Las obras extensas se dividían en varios «libros», a uno por rollo. Así como el lector moderno espera que cada volumen de una obra acaba en determinado punto apropiadamente escogido, así el lector antiguo. Y cuando las obras eran pequeñas, se las escribía unas a continuación de otras en un volumen misceláneo.

Los libros antiguos eran manuscritos cuidadosamente caligrafiados, según normas establecidas

y preconizadas por las casas de publicaciones. Las palabras en los manuscritos latinos aparecen bien espaciadas, pero no así en los manuscritos griegos. Apenas se usa la puntuación. No había división en capítulos. De aquí que las citas antiguas sólo se refieran al título del libro, lo que hoy nos parece muy vago.

Se escribía con una caña (*calamus*), aguzada a navaja. La tinta se hacía con jugos naturales. Es fuerte y persistente como la tinta china, y conserva hasta hoy su negrura. Los romanos escribían los títulos, y a veces los encabezamientos, con tinta roja. También usaban algunos instrumentos auxiliares, como regla y compás para equilibrar los renglones. Todo un juego de estos implementos, incluso el tintero, puede verse en los murales de Herculano, ahora custodiados en el Museo Nacional de Nápoles.

Tampoco faltaban los libros ilustrados, cuyo eximio abuelo pudo haber sido aquel tratado de Anaximandro el Milesio con el primer mapa terrestre. Desde luego, los libros matemáticos necesitaban dibujos. Dos fragmentos de Euclides en papiro contienen trazos explicativos. Según Plinio, los griegos ilustraban también las obras de farmacología con plantas a colores. Los romanos adornaban las biografías con retratos. Plinio aplaude la ocurrencia de Varrón al haber ilustrado su grande obra biográfica (*Imagines* o *Hebdomades*) con setecientas figuras de personalidades eminentes, dándoles así «inmortalidad y omnipresencia». La aparición de esta obra



Mujer leyendo, pintura mural de Pompeya.

única –destinada al «gran público»– merece ser señalada. Cómo se hayan podido hacer tantas copias de un libro tan profusamente ilustrado sin contar con medios mecánicos de reproducción es un verdadero enigma.

Las obras de los grandes autores, por ejemplo Virgilio, solían llevar el retrato a los comienzos.

El título de la obra no siempre aparece en el rollo mismo; a veces está al principio; a veces, al fin. Pero, en general, figura en una etiqueta pegada al exterior del rollo. En el Museo Británico se conserva un fragmento de papiro que contiene versos líricos de Baquílides, cuya etiqueta dice muy claramente: *Bakchylidou Dithyramboi*. En los frescos de Herculano se ven rollos con etiquetas colgantes.

En la literatura romana hay frecuentes referencias a los rollos y a su apariencia. La cabeza y cola del manuscrito estaban especialmente reforzados, pulidos cuidadosamente con pómez y, a veces, coloridos con algún tinte. El desenrollar los volúmenes e irlos enrollando por el otro extremo al leerlos se facilitaba por el empleo de una reglita de madera insertada en el volumen o prendido a su extremo. En los papiros de Herculano quedan vestigios de estas reglas. Por otra parte, no han aparecido ejemplares de los ornamentos descritos por algunos autores: varas de ébano, marfil, oro, o estuches de cuero purpurado que hacían veces de encuadernación.

Para la lectura se usaban ambas manos: la izquierda asía el comienzo de la banda, y la iba enro-

llando al paso de la lectura, «página» a «página»; la derecha sostenía el resto del rollo y lo iba entregando a la izquierda. De modo que, al acabar la lectura, todo quedaba al revés y, como se hace con las cintas cinematográficas, había que enrollarlo de nuevo en sentido inverso. Una pintura mural de Pompeya (Museo de Nápoles) muestra a un joven vestido con *chiton* amarillo y túnica verde, absorto en la lectura a tal punto que ha olvidado enrollar el volumen con la izquierda conforme va leyendo, y deja colgar al suelo el manuscrito.

En otro fresco de igual procedencia, que también se ve en el Museo de Nápoles, una muchacha rubia, asomada a un balcón y vestida de verde y rojo, desenrolla y lee atentamente un manuscrito, empleando desde luego ambas manos.

Los que han visitado el Vaticano conocen la estatua del comediógrafo Posídipo quien, reclinado en una silla, lleva en la mano el rollo que, se diría, acaba de leer.

Como regla, este atributo caracteriza las estatuas de los poetas, escritores, oradores, pero con frecuencia es una adición moderna a las esculturas antiguas.

Durante toda la edad clásica, y hasta fines del siglo III d. C., el volumen de papiro era lo usual. Después, se lo sustituye con el pergamino. Este material, hecho de cuero de res, no fue desconocido en la era del papiro, puesto que Plinio, fundándose

Muchacha leyendo en un balcón, pintura mural de Pompeya.

en el anticuario Varrón, dice que el pergamino fue descubierto en Pérgamo como sustituto del papiro egipcio. Tolomeo Epifanes, rey de Egipto entre los años 205 y 182 a. C., parece que prohibió la exportación del papiro, medida dictada especialmente contra Eumenes II, rey de Pérgamo, cuya capital poseía una biblioteca que competía activamente con las famosas bibliotecas de Alejandría. Es probable, pues, que el pergamino, conocido de tiempo atrás como material para la escritura, haya sido usado primeramente en Pérgamo, como el nombre mismo lo indica, en la forma acostumbrada de un rollo. Pero algunos aducen testimonios para demostrar que hay menciones del pergamino desde la IV Dinastía Faraónica, hacia 1500 a. C. Otro supone que ya lo usaron los fenicios, y el de más allá resucita un pasaje de Heródoto donde se habla del pergamino entre los jonios del Asia Menor, como recurso desesperado a falta de papiro. En todo caso, el pergamino sólo fue una forma transitoria en el desarrollo del libro, por pesado e incómodo. De aquí que se pasara a la forma del códice, en hojas aparte, de donde proviene el libro moderno.

Parece que primeramente ni siquiera se dijo *pergameenneé,* sino *diphtherai,* y que por primera vez aparece el término «pergamino» en la primera mitad del siglo I. Por lo pronto, el término consta ya en san Jerónimo y en un edicto de Diocleciano. Marcial (40-104 d. C.) lo conoce ya, en formato diminuto para los viajeros, las ediciones escola-

res, las antologías; en suma, para aquellos usos en que se lo consideró más adecuado que los delicadísimos papiros. Es obvio que tales ediciones, en efecto, no eran libros ordinarios y corrientes, por lo mucho que se insiste siempre en advertir, a modo de singularidad, que eran volúmenes en vitela (*in membranis*). El pergamino era más resistente y más barato que el papiro, pero no fue adoptado fácilmente en el comercio del libro. Plinio describe la manufactura del papiro hasta el último detalle, pero, en cambio, nada dice de la vitela. Su hermoso epigrama –«A no ser por los libros, la cultura humana sería tan efímera como lo es el hombre»– se refiere expresamente al papiro (*charta*). Toda la antigua producción de librería prefería esta forma ligera y elegante, y había cierta aversión contra la pesadez y rudeza del pergamino. Galeno, el gran médico del siglo II d. C., opinaba, por razones higiénicas, que el pergamino, debido a su brillo, lastima y fatiga los ojos más que el opaco y suave papiro, el cual no refleja la luz. El jurista Ulpiano (fallecido el 229 d. C.) examinó como problema legal el punto de si los códices de vitela o pergamino debían ser considerados como libros en los legados de bibliotecas, punto que ni siquiera merecía discutirse para los papiros.

Pero las ventajas de los códices en pergamino comenzaron a manifestarse precisamente en el caso de obras y registros legales. Estos volúmenes debían resistir un manejo constante y una consulta asidua;

también convenía que fueran baratos, al alcance de cualquier fortuna. Por lo mismo, la Iglesia prefirió tales códices para las obras religiosas. Y esta forma vino a ser tan característica de la literatura cristiana que, en Egipto, la cuna misma del papiro, comenzaron a fabricarse códices de papiro, por imitación del pergamino. En la literatura pagana, por otra parte, el volumen de papiro dominó sin género de duda hasta el siglo IV d. C. Pero la vitela le iba ganando terreno, y su victoria final fue precipitada por las considerables mejoras de su manufactura, notable ya desde el siglo III a. C. El joven emperador Maximino estudiaba a Homero en un ejemplar de vitela purpurada escrita con tinta de oro. Este lujo, entre las protestas de los Padres de la Iglesia, contaminó igualmente a los libros de religión. Ejemplo, el *Codex Argenteus* (vitela color cereza y tinta de plata), que aún se admira en Upsala.

En el siglo IV comenzó la tarea de copiar toda la literatura clásica en vitela. Ya en 372, un edicto de Valentiniano habla del empleo, en las bibliotecas, de una planta de copistas para multiplicar los códices.

Los llamados viejos manuscritos (palimpsestos) que se custodian en las grandes bibliotecas modernas (la Vaticana en Roma, la Laurenciana en Florencia, el Museo Británico, etc.) no son originales de la Antigüedad clásica, sino copias privadas escritas por los monjes para sus monasterios durante la Edad Media. En sus pacíficos reductos, estos

monjes salvaron así de la ruina alguna porción de las letras clásicas. De la Antigüedad misma sólo nos quedan fragmentos que no pueden compararse en extensión ni importancia con los tesoros monásticos.

Comercio del libro entre los griegos

MÁS FLORECE la literatura de un pueblo, más se ensancha el círculo de sus escritores y sus lectores, y menos directo es el contacto entre el creador de la obra y el que la recibe. En vez del auditorio, aparece el lector, y en vez de las copias domésticas, sobrevienen las reproducciones comerciales, el verdadero libro en suma. El librero surge como intermediario. El comercio del libro es tan viejo como el libro mismo. Para decirlo de modo anacrónico, el librero comenzó por ser a un tiempo manufacturero, editor y vendedor al menudeo. El desarrollo de la literatura y su tráfico determinan la división de labores, separando al editor (que en la Antigüedad era también productor material, abuelo del impresor) y al vendedor, que compraba a los editores y revendía a los lectores.

Esta división de funciones no se encuentra en el comercio de librería de los griegos. Respecto a los libros, es muy escasa la información que ha llegado a nosotros. Y cuando, aquí y allá, se rompe este general silencio, los comentarios que encontramos en nuestras autoridades son poco concluyentes y con frecuencia contradictorios.

Los comienzos del comercio griego de librería pueden asignarse al siglo V a. C., cuando la literatura alcanzaba su apogeo. En tiempos de Sócrates y Aristófanes, las obras maestras de la poesía, la historia y demás ramas del saber habían sido profusamente distribuidas. Esta distribución sólo se explica si los libros eran ya manufacturados en escala comercial. En la *Apología* de Platón, Sócrates dice que los libros del filósofo Anaxágoras cuestan un dracma por pieza. Jenofonte, en sus *Memorias socráticas,* refiere cómo su maestro, acompañado de los discípulos, acostumbraba trabajar con «libros» (y usa efectivamente la palabra *biblion*) de los sabios pasados, y seleccionaba algunos pasajes. Sin duda había ya una vasta exportación de libros a ultramar, que alcanzaba hasta las colonias griegas del Mar Negro, según resulta de la descripción de Jenofonte, en la *Anábasis,* sobre los cargamentos de los barcos que mojaban en Salmideso. El bibliógrafo Ateneo cita una obra perdida, *Linos,* escrita por el comediógrafo Alexis que vivió en el siglo IV a. C. Linos dice allí al joven Heracles: «Toma uno de esos preciosos libros. Ve los títulos por si te interesa alguno. Ahí tienes a Orfeo, a Hesíodo, a Querilo, a Homero, a Epicarmo. Acá hay piezas teatrales y cuanto puedas desear. Tu elección permitirá apreciar tus intereses y tu gusto».

Heracles: Tomaré éste.
Linos: Déjame ver qué es.
Heracles: Un libro de cocina, según reza el título.

Y Aristófanes en *Las ranas* habla varias veces de los libros en tono burlesco, como si se tratara de una locura en boga: «Todos leen libros ahora, dizque para educarse».

Dionisio de Halicarnaso cita una observación de Aristóteles sobre el hecho de que en Atenas los discursos de los oradores famosos se venden por centenares. Parecerían haber sido una lectura corriente. Atenas, según esto, era por entonces un buen mercado de libros, como podía ya presumirse por la alta cultura de su pueblo.

Lo que nos dice un autor tan importante como Platón muestra, sin embargo, el escaso desarrollo del negocio. En el *Fedón* habla desdeñosamente del valor de lo escrito, y da su preferencia a la palabra hablada, que considera como cosa mucho más eficaz. Sólo prestaba sus libros para ser copiados entre un reducido círculo de sus discípulos. Y las escasas copias eran alquiladas a altos precios por los felices poseedores.

El que deseaba copias privadas, acudía a calígrafos especiales. Los copistas emprendedores procuraban juntar un fondo de las obras más solicitadas. Algunos, que disponían de capital suficiente, mantenían un cuerpo permanente de copistas auxiliares. Así, aunque dentro de estrechos límites, comenzó el negocio de las publicaciones.

Respecto a las relaciones entre los autores griegos y sus editores nada sabemos. En ninguna parte aparece la menor noticia sobre pago al autor, ni el

menor indicio de un derecho o *copyright*. A juzgar por lo muy extendida que estaba la costumbre del plagio aun entre los grandes autores, es evidente que el sentimiento del derecho literario todavía era muy nebuloso. En *Las ranas* de Aristófanes, Esquilo y Eurípides se echan en cara mutuamente el aprovechar algunas galas ajenas. En los comentarios hechos a sus comedias de *Los caballeros* y *Las nubes,* al mismo Aristófanes se le reprocha el haber saqueado a Cratino y a Eupolis, otros comediógrafos hoy perdidos. Platón, según asegura Gelio, es atacado por Timón en cierto poema satírico en razón de haber adquirido por diez mil denarios (unas £ 180 oro) unos manuscritos de Filolao, el discípulo de Pitágoras, para aprovecharlos en sus diálogos. Algo semejante refiere Diógenes Laercio: por cuarenta minas de plata alejandrinas (unas £ 750 oro), Platón compró, según él afirma, los tales manuscritos póstumos de Filolao que formaban tres volúmenes, y con ellos elaboró el *Timeo*. Cosas parecidas se cuentan de otros autores, y tienen visos de verdad. Los clásicos decían, como en la comedia de Molière: *Je prends mon bien où je le trouve*. Hoy creemos más bien, como Jeremías (23, 30), que este desenfado irrita al Señor.

La reproducción y distribución de las obras no significaba ganancia alguna para los autores. Se publicaban «por amor al arte», y acaso por conveniencia política en ciertas circunstancias.

La fundación de la famosa Biblioteca de Alejandría, hacia el año 300 a. C., determinó una pro-

liferación de copias griegas. La biblioteca y las escuelas anexas atrajeron estudiantes de todo el mundo helénico hacia aquel gran centro de cultura. Alejandría vino a ser la metrópoli del mercado para los libros griegos. Abundan los testimonios sobre el florecimiento que entonces parece producirse: ediciones populares de clásicos, antologías, colecciones de proverbios, digestos y muchas cosas de amena lectura y valor escaso. La producción y la venta alcanzaron grandes proporciones, a veces a costa de la calidad, como no puede menos de acontecer cuando la demanda es excesiva. Estrabón se queja ya de las ediciones llenas de erratas y hechas apresuradamente que llenaron la plaza de Alejandría y después se derramaron a Roma. Tal vez sea ésta la primera manifestación de la piratería editorial. Entre fragmentos de papiros aparecen ediciones cuidadosas de obras maestras, y lado a lado, almanaques escritos de cualquier modo y colecciones de chistes sobre el bello sexo.

Para darse cuenta de lo que pudo ser aquel mercado de libros, hay que penetrarse de que sólo una escasa porción de los monumentos literarios griegos ha llegado a nosotros, y de que el número de las obras perdidas la supera con mucho; aunque Müller, Jaeger y otros han sospechado que por algo se perdió lo que se ha perdido. Conviene recordar también que los griegos poseían una inmensa riqueza en obras de cocina, gastrología, pesquería, cría de caballos, etc., según consta por Ateneo.

¿Cuáles eran las obras favoritas y más difundidas entre la gente? La superabundancia de manuscritos literarios nos da la respuesta. Los papiros realmente proceden de poblaciones egipcias, pero sin duda el mismo nivel de cultura existía más o menos en las varias tierras helenísticas del Mediterráneo, aun fuera de los grandes centros mencionados.

Charles Henry Oldfather usa los fragmentos de papiro para investigar la hondura de la civilización grecorromana en Egipto, y nos da una lista completa de tales papiros, con excepción de los textos escolares (*The Greek Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Madison, University of Wisconsin Studies, 1923, págs. 80 y ss.).

Las ediciones homéricas desenterradas entre las arenas del desierto parecen realmente inagotables. Casi en todos los fondos de papiros que se van descubriendo se hallan pedazos de *Ilíadas* y de *Odiseas*. Hacia 1933, había 315 fragmentos de la *Ilíada* y 80 de la *Odisea*. Homero era la propiedad común y el emblema del helenismo, y se extendió tanto como éste. Los fragmentos de la *Ilíada* representan una buena mitad de todos los hallazgos literarios que se han logrado hasta hoy, y a menudo son ejemplares de singular belleza. Los fragmentos de la *Odisea* son mucho menos abundantes. Después de Homero, el sitio corresponde a Demóstenes, protagonista de las libertades perdidas, quien fue muy leído durante la ocupación romana de Egipto, sin duda a manera de estímulo espiritual. Por otra parte, disminuye

gradualmente el interés por Eurípides, uno de los autores más populares durante los tres siglos anteriores. Menandro y Platón continúan siendo lectura buscada y favorita en todas las épocas. A continuación, ocupan el sitio Tucídides, Jenofonte, Isócrates, Hesíodo, Píndaro, Sófocles, Heródoto, Aristófanes, Safo, Teócrito y Baquílides, por el orden de su enumeración. Apenas aparece Aristóteles, y Esquilo no se encuentra. Tal es, en resumen, el saldo de los hallazgos en papirología egipcia.

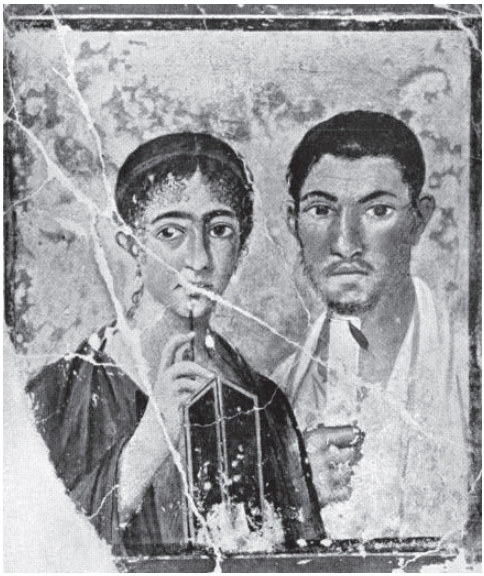
Es aquí oportuno recordar la historia de los libros aristotélicos. A su muerte, el filósofo los dejó a su discípulo Teofrasto, junto con la dirección del Liceo. «Otro liceano, Eudemo de Rodas, escribía poco después a Teofrasto pidiéndole un fragmento de la *Física* que faltaba en su ejemplar, lo que nos da idea del servicio de librería que el Liceo prestaba a sus hijos dispersos. Teofrasto, a su vez, legó a su discípulo Neleo todo el acervo aristotélico, y Neleo lo transportó a su casa de Esquepsis, en la Tróada. Esta región pasó a depender de los atálidas, que hacia 230 a. C. comenzaron la Biblioteca de Pérgamo para competir con la de Alejandría, y no sabemos si habrán dispuesto parcialmente del fondo aristotélico. La historia es confusa. Ateneo pretende que todo el material en poder de Neleo fue adquirido para Alejandría, donde se custodiaban no menos de mil manuscritos aristotélicos. Lo cierto es que los herederos de Neleo escondieron en su bodega los manuscritos que aún poseían, y allí quedaron éstos arrinconados

por siglo y medio. Los desenterró, hacia el año 100 a. C., Apelicón de Teos, para devolverlos a Atenas. Pocos lustros después, sobreviene la captura de Atenas, y los manuscritos emigran en calidad de botín a Roma, donde logran ya consultarlos humanistas como Tiranión y Andrónico. Comienza entonces la obra temerosa de las restauraciones. Este cuento árabe sobre la emigración de los manuscritos es narrado al mundo por Estrabón, discípulo de Tiranión, y tiene a los ojos de la posteridad estudiosa un prestigio que nunca podrán apreciar los que no nacieron para ello» (A. Reyes, *La Crítica en Edad Ateniense,* párrafo 332).

La lista que acabamos de dar muestra que la tradición clásica, con excepciones y concesiones al gusto del día, era la lectura preferida, y que en cambio se dejaba de lado la producción moderna. También da testimonio del alto nivel de la educación la gran difusión de los volúmenes y el desarrollo del comercio de librería.

De los mil ochocientos libros encontrados en Herculano no pueden sacarse conclusiones ciertas respecto a los gustos generales. Aquellas páginas carbonizadas que ha sido posible descifrar pertenecen a una sola sección de cierta librería filosófica y son sobre todo obras epicúreas que revelan una afición particular.

No es posible referirse a estos manuscritos tan laboriosamente rescatados de las catástrofes volcánicas sin dedicar una palabra al recuerdo del padre



Retrato pompeyano, anterior al 79 d. C.; la mujer tiene en la mano derecha un estilo, apoyado en los labios, y en la izquierda las tabillas para escribir; el hombre apoya su barbilla sobre un rollo (Nápoles, Museo Nacional).

Piaggi que, en medio de la hostilidad general y aun del monarca, y mientras a los demás se les deshacían aquellas riquezas entre las manos cuando trataban de leerlas, logró inventar un procedimiento para desenrollar los volúmenes de papiro «mediante un aparato semejante al que usan los fabricantes de pelucas para preparar los cabellos». Al lado del pa-

dre Piaggi, el sabio Winckelmann –asesinado poco después por un ladrón en una posada de Trieste– vio resucitar a nueva vida algunas páginas venerables.

Los quemaderos de libros, por desgracia, no son un invento de la moderna barbarie. En 411 a. C., los libros del filósofo Protágoras fueron quemados públicamente en la plaza de Atenas, porque desagradaban a los poderosos de entonces. Los agentes públicos llegaron a confiscar ediciones privadas poseídas por particulares.

Editores romanos

TRAS LA RUINA de Grecia, Roma cayó bajo la mágica influencia de la cultura helénica. Los libros griegos se derramaron en Roma a montones, primeramente en calidad de botín. También se trasladaron a Roma algunos traficantes griegos de libros. Eran a la vez editores y vendedores al detalle.

Pronto el negocio librero comienza a organizarse en forma. A fin de atender a la producción con rapidez y en grande escala, los negociantes mantienen un personal de planta especialmente avezado. Generalmente, se echaba mano de los esclavos, los griegos sobre todo, a juzgar por los nombres que han llegado hasta nosotros. Eran muy solicitados y eran caros. El montar una oficina de libros representaba un capital apreciable. Horacio se burla de cierto aficionado que pagó un precio increíble por esclavos «medio embarrados de griego». Según Séneca, cien mil sestercios (unas £ 1000 oro) era el valor de un *servus literatus*. Los esclavos solían también ser maestros de caligrafía para los niños. Adviértase que todo este personal, aunque integrado por esclavos, recibía un pago por su trabajo. Los salarios fueron bajos, al menos en tiempos de los primeros emperadores. Más tarde,

mejoraron un poco. El emperador Diocleciano fija por edicto el máximo que se ha de pagar por cien líneas de la mejor escritura en la suma de veinticinco denarios (5 ½ peniques oro). Para un trabajo más humilde, el monto era de veinte denarios. Se dice que también las esclavas eran expertas en este oficio, así como hoy han demostrado las mujeres ser aptas para la tipografía.

Las reproducciones comerciales se hacían de tal modo que varios copistas podían trabajar a la vez. Había un lector que dictaba, y es lo más probable, o entre todos compartían de alguna manera el mismo original, lo que ya parece más difícil. Una firma bien organizada podía en unos cuantos días lanzar al mercado cientos de ejemplares de un nuevo libro.

A pesar de la producción en masa y de los bajos salarios, todavía la manufactura resultaba cara. La principal razón está en el capital necesario para un trabajo estimable. No es de asombrar que los empresarios insistiesen en la rapidez del trabajo, para sacar el mayor provecho posible. Pero este apresuramiento redundaba en inevitables descuidos y errores de los copistas. Las quejas de los autores –y no menos de los lectores– sobre los disparates de los copistas son inacabables. Cicerón se muestra tan indignado que habla de «libros llenos de mentiras», donde «mentira» viene a ser nuestra «errata». Si abundan los yerros en un libro latino, ello debe explicarse por el hecho de que los copistas eran griegos y sólo conocían imperfectamente la lengua ajena. Ci-

cerón se quejaba así a su hermano: «Ya no sé dónde buscar los libros latinos, tan pecadores son los que se venden en plaza».

Los empresarios de conciencia quisieron enderezar este daño empleando correctores especiales. Se han encontrado fragmentos de papiros con cuidadosas enmiendas. Desde luego, los autores estimaban en mucho las copias correctas de sus obras. Cicerón prohíbe a su amigo y editor Ático el dar a la circulación ciertos ejemplares incorrectos de su obra *De finibus*. Ático era hombre generoso y respetaba a su autor. Hasta aceptó el mandar hacer enmiendas de última hora ocasionadas por algún descuido en los originales de Cicerón. El autor procuraba siempre algunas copias especiales y limpias, para sus predilectos o protectores.

No sólo los autores, también los compradores mismos buscaban afanosamente los ejemplares más correctos. Cuando querían comprar volúmenes antiguos, consultaban siempre a los expertos o gramáticos. Como, a veces, los copistas, por negligencia o por pereza, se saltaban algún fragmento, el número de líneas era confrontado con algún ejemplar que hacía de patrón, y se tomaba nota de ello al fin del volumen ya revisado. Esto significan las cifras que aparecen al pie de algunos papiros de Herculano. Y este cálculo de líneas, desde luego, servía también para fijar la cifra del pago a los copistas.

Hay pocas noticias sobre el número de ejemplares de cada edición. Plinio el Joven, en alguna

ocasión, cita la cifra de mil ejemplares; pero parece que se refiere sólo a un libro que fue distribuido como obsequio entre los amigos y equivale a lo que hoy calificamos de «edición privada». Ni siquiera nos ilustra al respecto la correspondencia de Cicerón con su editor Ático, donde hay referencias al trabajo de correcciones. La obra que fue objeto de tales retoques de última hora es la *Defensa de Ligario*. El desliz de Cicerón consistió en un error de nombre. Fue rectificado entre líneas, ejemplar por ejemplar, gracias a los copistas Farnaces, Anteo y Salvio, expresamente mencionados en la carta de Cicerón y encumbrados así a los honores de la posteridad. Nuestros tipógrafos debieran conocerlos y considerarlos como abuelos ilustres. Si para tan leve retoque hubo que acudir a tres copistas escogidos, ya se comprende que la edición fue de «gran tirada».

En varios autores encontramos la noticia de que las obras de éxito no sólo circulaban en Roma, sino que se vendían por todas las provincias del Imperio romano, lo que también nos indica que las ediciones eran extensas.

De la gran obra biográfica de Varrón, adornada con ilustraciones –obra a que nos hemos referido–, Plinio asegura que llegó a todos los rincones de la tierra. Horacio se muestra orgulloso de que sus poemas sean leídos en las riberas del Bósforo, en las Galias, en Hispania, en África y en otras partes remotas. Profetiza que su *Arte Poética* se venderá

siempre en abundancia: «El libro –asegura– cruzará los mares». Propercio, por su parte, se jacta de que su fama llegue hasta las frías comarcas septentrionales. Ovidio, en el destierro se consuela pensando que sus escritos recorrerán el mundo del Oriente hasta el Occidente. «Soy –afirma orgullosamente– el autor más leído del mundo». Poco después, añade: «Mis libros andan en las manos de todos los vecinos de Roma»; y añade todavía: «En la hermosa ciudad de Viena (el Delfinado), me leen tanto los jóvenes como los viejos, sin exceptuar a las damas». Grandes cantidades de volúmenes se vendían también a las ya numerosas bibliotecas públicas, que también las había en las poblaciones pequeñas, así como a los bibliófilos para sus ricas colecciones privadas. Tan inmensa demanda no podría haberse satisfecho con ediciones limitadas.

Los negociantes cuidadosos y expertos –Ático, al menos, así lo hacía– llevaban un riguroso registro de todos los libros vendidos u obsequiados.

Así pues, para estos días el comercio del libro era ya muy importante y extenso. Pero no podemos presumir que los manufactureros fijaran de antemano, como se hace hoy, la cifra de las ediciones. Sin duda comenzaban por un número limitado de ejemplares, singularmente si el autor era aún poco conocido, para así tantear el comercio. Las recitaciones ante auditorios, a la moda desde los primeros días imperiales, sobre todo en los lugares públicos, eran un buen índice para juzgar del interés que

una obra despertaba, y fomentaban de paso la adquisición de la obra. Horacio se ríe de los poetas que endilgaban sus versos a los bañistas de las termas, quienes se veían obligados a resistirlos pacientemente. En el *Satiricón* de Petronio, esta obra maestra de vulgaridades y aventuras, el bombástico poetastro Eumolpo declama sus versos en una galería de pintura, y el público acaba por echarlo fuera a pedradas.

Al parecer, el librero a veces comenzaba por dar sólo un trozo de la obra, y en caso de éxito, seguía con el resto hasta el fin.

El primer tratante en libros cuyo nombre nos es conocido representa un caso excepcional. Ya se ha comprendido que nos referimos a Ático, el amigo de Cicerón. Este hombre rico y señorial unía a una refinada cultura un claro sentido práctico. Negociaba en grande escala, empleaba muchos esclavos y obreros libres, cuyo trabajo vigilaba personalmente. Cornelio Nepote, en su biografía de Ático, nos cuenta que, entre sus esclavos, algunos poseían una excelente educación y que contaba con crecido número de copistas. No sólo publicaba a Cicerón, sino también a otros autores. Lo mismo vendía al por menor que al por mayor. Fue él quien publicó la excelente obra de Varrón sobre el arte del retrato, obra que suponía ya un establecimiento excelsamente provisto y algún equipo para las reproducciones mecánicas por centenares. Sus relaciones mercantiles eran tan extensas que Cicerón lo usaba como distribuidor de sus libros

en Atenas y en las demás ciudades griegas. Además de Ático, había varios otros libreros en Roma, puesto que Cicerón le propone, como escogiéndolo entre todos, que sea él quien se encargue de sus discursos, ya que con tanto éxito lo ha hecho para la *Defensa de Ligario*. Pero no hay el menor rastro de que Cicerón interviniese para nada en la ejecución de las copias o que sacara de la venta el menor provecho económico.

En la época de Augusto, los hermanos Sosii llegaron a hacerse famosos por haberlos mencionado Horacio.

En la segunda mitad del siglo I d. C., Trifón es sin duda el librero más importante. Parece que publicó casi toda la obra de Marcial, autor favorito y muy difundido. Las *Instituciones* de Quintiliano también fue obra publicada por Trifón. En el prefacio, Quintiliano le atribuye el ser el verdadero autor, por figura de cortesía: «Día tras día –dice– me has estado animando a que empiece los preparativos para publicar mi obra sobre la elocuencia». En la antigua Roma como ahora, el editor bien podía ser el auxiliar y aun el consejero del autor. Al final de una carta prefatoria, Quintiliano declara que pone su obra en manos de «su» Trifón. Esta carta demuestra un gran entendimiento amistoso entre ambos.

En ningún autor de la Antigüedad se encuentra la menor queja contra los editores, sin excluir a los epigramatarios y satíricos que eran más bien sueltos de lengua. Esto muestra que los autores

vivían satisfechos, pero no quita que algunas veces se refieran, con leve intención maliciosa, a los pingües negocios de los editores. Horacio pinta así, en irónico contraste, el caso de una obra que promete ser todo un éxito: «He aquí un libro que hará ganar dinero a los Sosii (sus editores), y que dará fama a su autor». Marcial, que siempre andaba escaso, se irrita tanto ante los buenos negocios de sus editores que vuelve al tema varias veces en sus epigramas, pero entiéndase que sin quejarse de ello como de una maniobra ilegítima: «El discreto lector podrá comprar un hermoso volumen con todas mis *Xeniae* por cuatro sestercios. La verdad es que cuatro es mucho. Ya estaría bien pagar dos. Y aun entonces mi editor habría hecho un buen negocio». Si tomamos estas palabras literalmente –y nadie ha dudado en hacerlo–, el editor ganaría un cien por cien, lo que no dejará de poner envidiosos a algunos contemporáneos.

Las *Xeniae* de Marcial forman el libro decimotercero de los *Epigramas*. Esta obra consta de 127 títulos y 274 versos, o sea unas cuatrocientas líneas en total. El precio de venta es cuatro sestercios, o sea 11 peniques oro, sin tomar en cuenta que el poder adquisitivo de la moneda era entonces mayor que ahora. Según Marcial, el primer libro de epigramas se vendió a cinco denarios (4 chelines y 3 peniques), al menos en la edición de lujo. En opinión del poeta el precio no es barato. Hoy nos

parece realmente dispendioso. El libro contiene 119 epigramas, y un total de ochocientas líneas más o menos. Cinco denarios son más de lo que hoy pagaríamos por un buen ejemplar de los catorce libros enteros de Marcial. Si, sin embargo, consideramos el valor mercante del denario en aquellos días (unos 2 chelines y 6 peniques), entonces el precio de las *Xeniae* resultaría ser hoy de 12 chelines y 6 peniques. No es de asombrar que tales ganancias atrajesen aun al que menos se preocupaba de las letras. Lo cual explica por qué Luciano, que vivió en el siglo II d. C., habla con desprecio de algún librero, lo declara lerdo y bárbaro, y dice que ignora el contenido de los libros que vende. Pero en cambio se expresa elogiosamente de dos editores –Calino, el de las bellas copias, y Ático, el de las cuidadosas ediciones– cuyos volúmenes eran justamente cotizados en todo el mundo.

En tanto que los editores se enriquecían, los autores de Roma, no menos que sus colegas de Grecia, tenían que conformarse con lo que llamaba Juvenal «la hueca fama». Los autores antiguos nunca esperaron que su trabajo, con ayuda de los editores, les resultase remunerativo.

El derecho de propiedad literaria aún es ignorado en el Derecho romano, que cubre las eventualidades de la vida con tan minuciosa perfección, y ni en las letras ni en los escritos legales del tiempo hay el menor asomo de semejante preocupación. A despecho de las constantes quejas sobre el mal uso de su

nombre o el saqueo perpetrado contra sus obras, los antiguos jamás se preguntaron cómo podrían defenderse. El silencio de los juristas al respecto no puede explicarse más que por la absoluta falta de recursos legales.

Cicerón escribe a Ático: «¿Te propones publicar mi obra contra mi voluntad? Ni siquiera Hermodoro se atrevió a hacer cosa semejante». (Se refiere a aquel discípulo de Platón que negoció con la obra de su maestro y mereció en la Antigüedad ser considerado por eso como un infame.) No dice, pues, Cicerón: «Si publicas la obra contra la voluntad del autor violas el derecho de propiedad», sino que sólo acude a un argumento ético. Pues si hubiera habido, en el caso, un argumento jurídico, ¿es imaginable que lo hubiera olvidado un abogado como Cicerón?

Marcial se queja de que los piratas saqueen su obra y de que su célebre nombre sirva de reclamo para amparar obras indignas. Compara el plagio con el hurto, sí, pero no amenaza con apelar a la ley que, en el caso, es muda. Nótese que la misma palabra «plagiario» es aquí usada en este sentido por primera vez (*Epigramas*, I, 53). En el Derecho romano, *plagiarius* sólo se aplica al robo, al rapto (Digesto, 48, 15; Cod. 9, 20). A partir de Marcial, el uso metafórico se generaliza.

Quintiliano compartió la suerte de muchos profesores modernos. Los estudiantes copiaban sus conferencias y las publicaban a hurtos. Se vio obligado a proceder él mismo a la publicación, y sólo para

evitar el robo se decidió a hacerlo, aunque no se lo había propuesto en un principio. Así, en su prefacio, nos dice: «Creo que los jóvenes lo hicieron como prueba de su estimación para mí». Pero no dice que en ello haya la menor violación jurídica.

Galeno tuvo tan ingratas experiencias con los plagiarios y libreros que, aparte de sus innumerables obras de medicina, publicó unos cuantos artículos sobre estos curiosos percances. Como cuestión de principio, había suspendido, de tiempo atrás, el comunicar el resultado de sus exámenes de pacientes. Sus notas eran al instante copiadas y dadas a la publicidad, con frecuencia bajo falsos nombres. No le quedaba, pues, más recurso que juntar tales notas y publicarlas en debida forma, para invalidar las falsificaciones.

San Jerónimo se quejaba en una carta de que «en cuanto escribía algo, amigos y enemigos se apresuraban a publicarlo» sin su intervención.

Pero, entre estos casos y otros muchos que pudieran citarse, la queja de los autores se queda en el terreno moral y no llega nunca a delatar una violación de derecho, pues no existía tal derecho.

A pesar de todo, a pesar de esta falta de protección legal, sería lícito suponer que los autores recibían alguna compensación sobre el provecho que los libreros obtenían de sus obras. Pero quien así lo piense se equivoca.

Cicerón se muestra muy complacido por lo mucho que se ha vendido su alegato en pro de Ligario.

Pero no nos figuremos por eso que ha ganado nada con tal venta. Ni él nos dice de ello una palabra, ni en su voluminosa correspondencia con el librero Ático, donde tantas veces se habla de asuntos financieros, hay el menor rasgo que autorice semejante suposición. Al contrario, algunas veces ofrece ayudar en los gastos de sus publicaciones.

La mayoría de los autores se reclutaba entre los más altos círculos sociales, los patricios y la aristocracia financiera. Los nobles romanos sólo acostumbraban escribir sobre asuntos pertinentes a sus ocupaciones. ¿Qué podían importarles los *royalties* a hombres como Sila, Lúculo, Salustio, César, o a emperadores como Marco Aurelio, hombres que disponían de millones? Pero ni aun los poetas, que en general procedían de clase más modesta, esperaban nada de sus editores. Horacio no soñaba con adelantos ni porcentajes sobre sus obras, sino con tener buenos protectores, y al cabo encontró uno en Mecenas. Virgilio también tuvo que agradecer a Mecenas algunos favores. En tiempos de la República, los poetas contaban con el auxilio de los poderosos. El sarcástico Sila concedió un sueldo a un mal poeta que le consagró un poema bombástico y bajamente laudatorio, pero imponiéndole la condición de que no escribiera más en su vida.

La *Tebaida* del poeta Estacio fue recibida con admiración entre los que oyeron su lectura, pero no aportó al poeta la menor ganancia. El pobre se

sustentaba escribiendo escenas para los pantomimos. Marcial, que era lo que hoy se llama un *best-seller,* constantemente pide dinero a sus amigos y se queja de lo que le exigen sus protectores. Cuando volvió de Roma a su nativa Hispania, tras unos treinta y cuatro años de constantes triunfos literarios, su amigo Plinio tuvo que costearle el viaje. Y decía con resignación que no le importaba el éxito de sus libros: «¿Qué medro yo con ello? Mis finanzas no lo aprovechan». De aquí que buscara mecenas y aun se rebajara a escribir burdos elogios al emperador, que de cuando en cuando le soltaba un mendrugo: «Sólo pido –exclamaba– tener un rincón donde tumbarme a descansar». Parece que oímos a Jorge Isaacs cuando se quejaba con Justo Sierra de los editores que se enriquecieron con la *María* sin que él ganara un centavo y le preguntaba si podrían nombrarlo cónsul de México.

Marcial, Juvenal y Plinio, todos ellos convienen en que «el escribir da renombre y nada más». Tácito ni siquiera eso concede: «El versificar no da honor ni dinero –dice–. Aun la fama que tanto anhelan como único premio los poetas, a cambio de sus luchas y afanes, menos les sonríe a ellos que a los oradores públicos».

La venta de manuscritos originales, para el personal disfrute del comprador, fue práctica conocida de griegos y romanos. Sabemos de dos ventas célebres. Según Suetonio, el muy erudito Pompilio Andrónico vendió uno de sus manuscritos por die-

ciséis mil sestercios (£ 4000 oro) para hacerse de algún dinero. Plinio el Mozo cuenta que a su abuelo le ofrecieron cuatrocientos mil sestercios (£ 4000 oro) por sus colecciones escogidas. Ni en uno ni en otro caso el comprador era un comerciante o librero.

También había autores que vendían sus obras para que se publicasen con nombre ajeno. Marcial lanza pullas contra dos poetastros de dudosa reputación, Galo y Luperco, que se dedicaban a estos feos negocios.

Aunque es cierto que el editor se guardaba todo el provecho, también, en lo general, corría con todo el riesgo de las reproducciones. Cicerón consolaba a Ático de las pérdidas por éste sufridas cuando se le quedó en las bodegas buena parte de la edición de las primeras *Cuestiones académicas*.

Como los editores sólo emprendían la reproducción de un número limitado de ejemplares, y nunca más, los autores parece que podían acudir a la vez a varias firmas del mercado, sin el menor obstáculo. Marcial, además de Trifón, cita a Secundo y a Atrecto como sus editores habituales; estos dos últimos publicaron simultáneamente sus *Epigramas*. Las ediciones, por lo demás, no tenían igual presentación: la de Secundo era una miniatura hecha en pergamino, y la de Atrecto era el rollo habitual de papiro que circulaba en plaza.

Lo mismo que hoy, en la antigua Roma se acostumbraba obsequiar libros en los festejos, rollos que

iban desde el tipo más barato hasta el más lujoso. Marcial nos ha dado una lista de las obras preferidas a este fin, en unos epigramas propios para dedicatorias. Es de creer que los nombres que allí constan eran entonces los más difundidos y cotizados.

Homero encabeza la lista; después viene Virgilio, ambos como textos escolares. Pero Horacio, que contaba entre los autores de nota y también se usaba en las escuelas, no figura en la lista. En cambio, aparecen Cicerón, mártir de la República, Tito Livio como su historiador, y el gracioso Ovidio con sus *Metamorfosis*. Como obsequios para lectores más refinados, Marcial recomienda a Menandro en su comedia *Tais,* a Propercio, a Salustio, a Tibulo, a Catulo. El único moderno que se menciona es Lucano, autor de la *Farsalia*. Y el epigrama relativo dice que varias sectas de pensadores lo rechazan, pero que los libreros, por lo bien que lo venden, son de diferente opinión. Ya tenemos aquí la inevitable distinción entre el gusto popular y el gusto literario.

Había libreros que se atrevían a las falsificaciones de autores muy cotizados. Ponían el nombre ilustre a la cabeza de cualquier mamotreto, y todavía hay algunos adefesios que siguen disfrutando este beneficio, aun después de que los eruditos han esclarecido el fraude.

Aunque no hay noticia de ataques por parte del Estado contra la libertad literaria durante la era democrática, el poder despótico de la era imperial

incurrió en arbitrariedades contra los autores y editores.

Esta práctica comenzó con el propio Augusto, aunque era tan amigo y protector de poetas. Llegó a confiscar y a hacer quemar públicamente dos millares de libros, modesto precursor de los tiranos contemporáneos. Su sucesor Tiberio, que se las daba de literato, ni siquiera respetó la vida de ciertos autores y editores. He aquí lo que nos cuenta Suetonio:

> Un poeta fue acusado de hacer morir a Agamemnón en una tragedia, y un historiador, de haber llamado a Casio y a Bruto «los últimos romanos». Estos escritores fueron muertos al punto, y sus obras fueron destruidas, aunque el público los leía con agrado pocos años antes, y aun habían sido leídos a presencia del propio Augusto (Tiberio).

Tácito confirma este caso y observa que Tiberio vio en el fragmento de la referida tragedia una alusión contra sí mismo y contra su madre.

El loco Domiciano aprovechaba el menor pretexto para lanzarse contra los libros, los autores y los editores. «Por Decreto del Senado», ordenaba quemaderos públicos de cuantas obras le parecían ofensivas, hacía matar a palos a los autores y mandaba crucificar a los editores y a los copistas. En todas las épocas los tiranos muestran singular inquina contra la inteligencia, y siempre ha habido quien cubra los crímenes con el manto de la legalidad.

Tácito muestra, en cambio, la completa inutilidad de la censura con estas dos sencillas frases: «La indiferencia hace olvidar las cosas, el ensañamiento las fija en la memoria», y poco después: «Mientras en ello hubo peligro, los hombres buscaron estos libros y se desvivieron por leerlos; en cuanto se los pudo obtener sin dificultad, nadie volvió a acordarse de ellos».

Las librerías en Atenas y en Roma

LAS LIBRERÍAS de Atenas aparecen mencionadas por primera vez en las primeras comedias de 430 a. C. más o menos. Según Pólux (lexicógrafo del siglo II d. C.), allí se habla de barracas donde se venden libros. Los informes son escasos. El filósofo Zenón fue a dar a Atenas, como consecuencia de un naufragio, y se metió en una librería que encontró por las cercanías. Alejandro el Grande, aficionadísimo a los libros, da instrucciones para que le compren en Atenas las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, algunos poemas y obras históricas. Tal vez había ya, para entonces, salas de lectura y servicio de «biblioteca circulante». Diógenes Laercio dice que, mediante cierto pago, es posible conocer así las obras de Platón.

En Roma las librerías eran conocidas, cuando menos por los días de Cicerón y Catulo. Se encontraban en los mejores distritos comerciales, y servían de sitio de reunión a los eruditos y a los bibliófilos. Sabemos de varias librerías en tiempos del Imperio: ante todo, la casa de los hermanos Sosii, editores de Horacio. No estaba lejos del Vertumno

y del Jano, dos sitios sacros cercanos al Foro y junto a donde hoy se ven las ruinas del pintoresco templo de Cástor, el de las tres columnas corintias.

Si de aquí cruzamos el Foro hacia la antigua iglesita redonda de San Cosme y San Damián, llegamos al Templo de la Paz, ya en ruinas, edificado por Vespasiano. Secundus, uno de los editores de Marcial, estaba establecido muy cerca. A unos cien pasos, como quien va al Capitolio, damos con el Foro de César, de donde un tiempo partía la vía de Argiletum al Esquilino. El editor Atrecto abrió su comercio en esta vía, a cuyos lados se veían otras tiendas de libros.

A la entrada, en las pilastras, se colgaban listas de los manuscritos a la venta, sobre todo las novedades. También solía haber unas cajas abiertas con algunos extractos de dichas obras para excitar la curiosidad del público. Marcial da esta curiosa respuesta a alguien que le pide consejo sobre un libro de obsequio: «Junto al Foro Cesáreo hay una librería, cuyas dos puertas están cubiertas de anuncios. Éstos dan los títulos de libros en existencia, y te bastará ver esta lista. Entra y pide mi libro. El dueño –que se llama Atrecto– tendrá el mayor gusto en mostrarte un lindo ejemplar de Marcial de su primero o segundo estante, y lo podrás adquirir por cinco denarios».

Aulo Gelio afirma que los libreros romanos también acostumbraban permitir la consulta de ejemplares raros o preciosos mediante un pago.

Aparte del librero, había también el que los franceses llaman *bouquiniste,* que no tenía establecimiento y andaba en el tráfico de libros, a veces en los pórticos y en las calles. En la bahía de Brindisi, Aulo Gelio compró un montón de rollos griegos por cualquier cosa. Y parece que los libros de escasa demanda iban a dar a las provincias, triste destino que Horacio teme para alguna de sus publicaciones.

Pero, en las grandes ciudades provincianas, había también buenas librerías. Plinio el Mozo se asombra de las buenas librerías que encontró en Lyon y se complace en ver que tienen sus obras. Sidonio Apolinar cuenta de famosas compras que un amigo suyo hizo en Reims.

La venta de «libros viejos» era también cosa usual, al punto que dio lugar a fraudes, como sucede en todo tiempo, pues metiendo los volúmenes entre ciertas semillas cereales se les daba un falso aire amarillento de vejez, y eso aumentaba el precio. El orador Libanio cuenta que, de esta forma, hubo quien se atreviera a ofrecer en venta ¡el original de la *Odisea*!

Roma se conservó como centro de la librería hasta la declinación del mundo antiguo, y aun por algún tiempo más. Sulpicio Severo (que vivía hacia el año 400 de nuestra Era) refiere que su libro *Vita S. Martini* fue lanzado en Roma y que los libreros daban testimonio de que, a pesar de su subido precio, se vendía con facilidad.

Consta por el Venerable Beda que, todavía en la primera mitad del siglo VII, Benito, abad de Wear-

mouth, llevó a Inglaterra «una gran cantidad de libros adquiridos en Roma».

Pero las invasiones bárbaras dieron un golpe mortal a todas las formas de la cultura, y allá se fue también la organización del antiguo comercio de librería.

Las antiguas bibliotecas y los antiguos bibliófilos

Poco sabemos –unos cuantos datos inconexos– sobre las bibliotecas en la edad áurea de las letras griegas. Las primeras grandes colecciones públicas se atribuyen a Polícrates, tirano de Samos, y a Pisístrato, tirano de Atenas. Aquél es célebre por la historia del famoso anillo, que nos cuenta Heródoto. Éste, entre otras obras benéficas, mandó por primera vez recoger y copiar metódicamente la obra de Homero, de que se encargaron Onomácrito de Atenas, Orfeo de Crotona, Zópiro de Heraclea y otro cuyo nombre no ha podido ser descifrado, y que acaso se atrevieron a interpolar algún verso en favor de Atenas por cuenta propia. Pisístrato abrió a sus conciudadanos las puertas de su biblioteca, y éstos, por su parte, contribuyeron también a enriquecerla. Se asegura que Jerjes arrebató a Atenas esta biblioteca cuando saqueó la ciudad, y que, cuando se establecieron en Asia las monarquías helenísticas, correspondió al rey Seleuco Nicátor el honor de devolver a Atenas el precioso botín, aunque esto último tiene ya traza de conseja.

Se nos habla de las colecciones privadas que poseía cierto ateniense llamado Euclides –acaso

arconte epónimo el año 403 a. C.–; Eurípides, de cuya grande afición a los libros suele burlarse Aristófanes y que usaba como copista a su esclavo Cefisofón; aquel hermoso y rico Nicócrates que paró en discípulo de Sócrates; Platón, que pagó cien minas por tres libros del pitagórico Filolao de Crotona y cuya biblioteca parece proceder sobre todo de los fondos que adquirió en Tarento y en Siracusa; Clearco, discípulo de Platón y de Isócrates, tirano de Heraclea Póntica, que abrió biblioteca en su capital bitinia hacia 364 a. C. y fue asesinado once años después.

Aristóteles era también gran coleccionista de libros. Tal vez, por donativo de su discípulo Alejandro, poseyó algunos manuscritos orientales. Se dice que llegó a pagar tres talentos áticos (£ 340 oro) por alguna obra que dejó el filósofo Espeusipo. La biblioteca de Aristóteles no sólo era abundante, sino que fue la primera biblioteca organizada metódicamente. Su plan serviría de base a la futura Biblioteca de Alejandría. La obra enciclopédica de Aristóteles requería, en efecto, una inmensa documentación bien ordenada y fácil de consultar.

Ya hemos contado antes el destino de los libros aristotélicos.

Famoso aficionado a los libros fue también el orador Demóstenes que, según Luciano, los copiaba de su puño y letra, como lo hizo con mucho primor para la obra de Tucídides, y sin duda para sus propios discursos, lo que explicaría que sea uno de los

cuatro prosistas griegos cuyas obras nos han llegado en buenas condiciones.

Estratón de Lámpsaco, sucesor de Teofrasto a la cabeza del Liceo aristotélico, se las arregló para rehacer la biblioteca de esta casa de estudios, que Neleo –al llevarse a Esquepsis los libros– había dejado prácticamente despojada, con excepción de unas cuantas obras de la serie esotérica. Desde luego, parece que Estratón poseía algunos recursos propios y que su discípulo el rey de Egipto, Tolomeo II (Filadelfo), lo ayudó con unos ochenta talentos.

Perseo, el rey de Macedonia; Mitrídates, el rey de Ponto, y Hierón de Siracusa deben mencionarse entre los coleccionistas célebres. Arquímedes hizo construir para Hierón un barco de lujo que, junto a la «sala de Afrodita», contaba con una biblioteca a bordo, y cuyos camarotes tenían mosaicos con motivos de la *Ilíada*. El barco se llamó *La dama de Alejandría*.

Hiparco dice que el alejandrino Eratóstenes poseyó también una buena colección privada. Polibio afirma que era muy fácil documentarse en las bibliotecas, y censura la negligencia del historiador Timeo que no se tomaba este trabajo.

En Atenas existió el Tolomeón o gimnasio de Tolomeo, que contaba con buenos libros según Pausanias.

La misma Corinto, ciudad de placer, contó con buena biblioteca, y Dionisio de Halicarnaso se tuvo

por muy honrado cuando allí se descubrió su efigie. Algunos libros se custodiaban en el sagrario oracular de Delfos, en la plaza comercial de Dirraquio (Iliria), o en Patras, donde Aulo Gelio encontró un ejemplar de una *Odisea* de Livio Andrónico.

Rodas era, después de Atenas, un centro librero de importancia, y de allí parece proceder cierto catálogo recién descubierto, donde –como corresponde a la tradición de la ciudad– abundan las obras de política y de retórica. Éfeso parece haber contado también con algunos recursos de librería y biblioteca. En la Esmirna reconstruida por Antígono y Lisímaco hubo biblioteca. Soli, en la costa de Cilicia; Milasa, en las llanuras de Caria, y la célebre Halicarnaso poseyeron colecciones públicas. Plinio el Mozo da cuenta al emperador Trajano de la Biblioteca de Prusa (Bitinia), donde quedaban las tumbas de la mujer y el hijo de Dión Crisóstomo.

Sólo volvemos a saber de bibliotecas en días del emperador Adriano, que fundó una en Atenas. Ésta llegó a ser famosa en la Antigüedad. Pausanias se maravillaba ante su desusado esplendor, característico del gusto pesado de aquel soberano que tenía sus visos de arquitecto. El oro y el alabastro lucían por todas partes. Ostentaba cien columnas de mármol frigio. Los muros estaban decorados con frescos. Había estatuas que representaban a los escritores y poetas más célebres. Esta biblioteca mereció elogios de san Jerónimo. Todavía quedan impresionantes vestigios de este momento en Atenas, calle de Éolo.

En las monarquías helenísticas, las bibliotecas públicas comenzaron a establecerse desde el siglo III a. C. Las dinastías de los Diádocos en Egipto y el Asia Menor rodeaban sus cortes de todo el esplendor de la cultura griega, y rivalizaban entre sí respecto a la riqueza y belleza de sus bibliotecas.

La más famosa de estas bibliotecas de la Antigüedad es la fundada por Tolomeo en Alejandría, en redor del año 300 a. C. Fue modelo de las demás, incluso la que había de fundarse en Roma. Se inspiró no sólo en motivos puramente idealistas, sino también en la conveniencia política: era uno de los instrumentos más poderosos para la helenización de la zona del Nilo. Esto explica el hecho singular de que la literatura nativa, egipcia, no estuviese representada en dicha biblioteca.

Ella constaba de dos secciones separadas, la mayor y más importante anexa al palacio real, y la menor en el templo de Serapis. La dirigieron humanistas y escritores eminentísimos. Aun los romanos, tan estragados por los extremos del lujo, se asombraban ante ella y sólo la hallaban comparable al Capitolio Romano. Cuando Julio César se apoderó de Alejandría en el año 47 a. C., se quemó buena parte del acervo durante el combate. Este acervo, antes del desastre, alcanzaba, según Amiano Marcelino y Aulo Gelio, la cifra de setecientos mil volúmenes. No parece una cifra exagerada si se considera, primero, que allí se custodiaba toda la literatura griega, de que hoy sólo poseemos una pequeña parte; segundo, que las di-

mensiones del rollo eran relativamente pequeñas, y que sólo Homero, con sus dos grandes epopeyas, se llevaba unos veinticuatro volúmenes; y, tercero, que Alejandría contaba con ejemplares repetidos de varias obras, como acontece en las bibliotecas modernas. Por de contado, los cómputos varían. Aparte del testimonio de Aulo Gelio, la cifra más alta, resultado de una cuidadosa investigación, procede de Amiano Marcelino, y Gibbon le ha concedido crédito cabal.

Para resarcir a Alejandría de esta pérdida, Antonio obsequió más tarde a Cleopatra doscientos mil volúmenes arrebatados a la Biblioteca de Pérgamo, la biblioteca rival.

Los tesoros custodiados en el sagrario de Serapis fueron finalmente destruidos el año 291 d. C., cuando los primeros cristianos, los monjes salvajes de la Tebaida, arrasaron el recinto pagano. Aquello de que la biblioteca fue incendiada por el califa Omar no es más que una patraña. Al contrario, está demostrado que hay que agradecer a los árabes el haber salvado muchas obras helénicas.

La Biblioteca de Pérgamo fue fundada un siglo después de la de Alejandría y para competir con ella. Sus ruinas, en la Acrópolis de Pérgamo, han sido excavadas y determinadas, en tanto que la Biblioteca de Alejandría no ha dejado ni rastros.

La rivalidad entre ambas bibliotecas es un singular capítulo de la cultura. «Los Tolomeos no reparaban en medios... Los barcos que entraban en el puerto (de Alejandría) sufrían la confiscación de

cuantos volúmenes llevaran a bordo, los cuales eran rápidamente copiados teniendo los propietarios que contentarse con las copias. Tolomeo Evergeta obtuvo de Atenas, por quince talentos, el texto de los tres grandes trágicos que Licurgo el ateniense había establecido. Lo hizo copiar y luego devolvió a Atenas las copias. La prohibición para exportar el papiro contribuía a esta política de acaparamiento, que afectaba lo mismo a los hombres que a los manuscritos. Cuando el pergamense Eumenes II intentó llevarse consigo al director de la biblioteca alejandrina, Aristófanes de Bizancio, Tolomeo V (Epifanes), para mejor resguardar a su sabio contra las tentaciones, lo mandó encarcelar... Pérgamo, que... logró sonsacar a Apolodoro Ateniense, disputa a la ciudad rival los fueros de la cultura, los maestros como los libros. Pues que se le veda el uso del papiro, hace las copias en el material que lleva su nombre, en pergamino... El ingenioso celo que despliegan las ciudades helenísticas por arrebatarse los fragmentos de la antigua sabiduría y heredar las insignias de la cultura ateniense es uno de los espectáculos más característicos de esa época singular, *enorme y delicada*» (A. Reyes, «La helenización del mundo antiguo», en *Junta de sombras*). Como hoy se disputan las naciones el petróleo, ¡entonces se disputaban los manuscritos!

En Roma como en Grecia, el establecimiento de bibliotecas privadas precedió a la fundación de las colecciones públicas. Las inmensas cantidades de obras que los generales victoriosos, como Emilio

Paulo, Sila, Lúculo, llevaron a Roma con su botín provocó la creación de las bibliotecas oficiales. La colección robada por Sila fue heredada por su hijo Fausto; y Cicerón, que fue su huésped en Cumas, escribe a Ático que anda husmeando en la biblioteca del emperador. Lúculo, a quien la injusta posteridad sólo recuerda como un soberano glotón, poseía una colección de libros escogidos, y la abría a los eruditos de buena gana. Cicerón fue otro coleccionista de libros, y él mismo dice que gastó mucho dinero en satisfacer sus aficiones. Tenía muchos libros en su Villa de Túsculo, lo mismo que en la de Ancio y Cumas. Parece que, por entonces, todo romano distinguido se preciaba de poseer una biblioteca.

César fue el primero que planeó una biblioteca pública para Roma, pero la muerte le impidió realizar su proyecto. Cabe la honra de haberlo llevado a buen término a un noble general y estadista, Asinio Polión, que fundó una biblioteca el año 39 a. C. con el botín de su campaña en Dalmacia. Por primera vez, las obras latinas aparecían allí al lado de las griegas.

Esta biblioteca no pudo competir con las dos grandes colecciones que fundó Augusto, una en el Palatino y la otra en el Pórtico de Octavia. La Biblioteca Palatina estaba junto al templo de Apolo, que Augusto consagró tras la batalla de Accio. Parte de su tesoro desapareció en un incendio, bajo Cómodo (hacia 200 d. C.), y el resto en otro incendio acaecido en 363 d. C. Templo y Biblioteca cuentan

entre los pocos edificios clásicos del Palatino de que no han quedado vestigios. Se cree que se encontraban en el rincón de la colinilla opuesta al arco de Constantino.

La otra biblioteca, la del Pórtico de Octavia, fue completamente destruida por las llamas bajo el reinado de Tito. Unas cuantas columnas y un pórtico cerca del teatro de Marcelo es cuanto ha dejado como recuerdo.

También quedan algunas ruinas importantes de la biblioteca que Tiberio fundó en el templo de Augusto. A los comienzos de la Edad Media esta biblioteca se convirtió en la Iglesia de Sta. María Antiqua, la que se encuentra junto al templo de Cástor, en el Foro de Roma.

La que más ha perdurado es la Biblioteca Lupia, construida por Trajano en su foro. Todavía se la menciona en el siglo v d. C. Contenía una sección griega y una latina, cada una en edificio aparte. Entre una y otra se levantó la Columna de Trajano, «pergamino que se desarrolla».

Según el censo real de Constantino (350 d. C.), había veintiocho bibliotecas públicas en Roma, de las que han quedado sólo ocho nombres.

También en las provincias había bibliotecas, hasta en pequeñas poblaciones. Plinio el Mozo fundó desde luego una en su nativa Como, y asignó un fondo a su sostenimiento. Aulo Gelio nos habla de una biblioteca «muy bien dotada» en ambas lenguas en Tívoli, donde veraneaban muchos romanos acomo-

dados. Ésta era una verdadera biblioteca circulante, a diferencia de las colecciones antiguas en general.

Hasta donde las ruinas permiten apreciarlo, las grandes bibliotecas públicas constaban de un gran salón de lectura, revestido de mármoles coloridos, alabastro y metales preciosos, y adornado con frescos y decoraciones algo excesivas. Casiodoro llega a asegurar que se empleaba algún sistema de iluminación artificial muy intensa. San Isidoro habla de estantes de cedro y de ébano. En cambio, el almacén de libros, cuando lo había realmente, estaba arreglado de cualquier modo. Los rollos se guardaban en alacenas de tablas, y se veían las etiquetas colgantes de los pergaminos. En Alejandría, códices y rollos solían guardarse en cajas. El gran salón de la Biblioteca Vaticana puede dar una idea de lo que eran aquellas salas de lectura.

En tiempos imperiales se desarrolló en los altos círculos romanos, y en los que aspiraban a serlo, una verdadera bibliomanía. No había finca de campo que no poseyera su biblioteca. Los «nuevos ricos» llenaban de estantes las paredes, acaso «comprando libros por metros», como hoy decimos. Los satíricos los zahieren constantemente con sus burlas.

Petronio, en el «Banquete de Trimalción», cuenta cómo uno de aquellos «arribistas» se jacta con sus huéspedes de poseer dos bibliotecas, una griega y otra latina. Séneca habla de los que compran libros por millares, pero son, «culturalmente hablando», inferiores a sus propios sirvientes. Ni

siquiera han llegado a leer, asegura, los títulos de todos sus libros. Los tienen por meros adornos, y para ellos la biblioteca viene a ser un complemento de la casa como una buena sala de baño. Luciano también hace burlas parecidas de estos falsos amigos de la lectura, y los compara con los jumentos que ni siquiera mueven las orejas cuando suena la música. Sus bibliotecas –añade– son lugares de esparcimiento para los ratones, un asilo para la polilla y un terror de los criados.

La única biblioteca antigua que ha podido ser desenterrada es la de Herculano, a la que ya nos referíamos al principio. Contenía ochocientos rollos. Los estantes estaban decorados con talla. En el centro se veía una mesa de lectura. Desde luego que esta pequeña biblioteca no podría darnos idea de lo que fueron el lujo y las magnificencias de las grandes bibliotecas romanas, privadas y públicas.

Las hermosas e incontables colecciones de libros antiguos que sobrevivieron hasta el siglo V de la Era Cristiana han desaparecido completamente. Las irrupciones de las tribus germánicas las enterraron entre los despojos de la antigua cultura.

México, agosto de 1952

Esta primera edición de *Libros y libreros en la Antigüedad*, de Alfonso Reyes, se terminó de imprimir el 3 de enero de 2011, efeméride de J.R.R. Tolkien.

«Opinan algunos doctores que el incendio de la Biblioteca de Alejandría, o su paulatina destrucción como es más propio decirlo, no fue tal desgracia, y que, si llega a conservarse íntegro el acervo de los antiguos, ni la Antigüedad nos parecería tan estimable, ni acaso nos dejaría pensar por nuestra cuenta. Ya se ha dicho todo.»

Alfonso Reyes

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. En cualquier caso, todos los derechos reservados.

El filósofo ignorante, traducido y anotado por Mauro Armiño, causará el interés de todos los amantes de la historia del pensamiento y de las ideas, así como de todos los descreídos de la filosofía, la ciencia y la religión como discursos cerrados y definitivos. La fina ironía de Voltaire cautivará a unos y a otros en un texto que reivindica por encima de todo la libertad de pensamiento y el legítimo logro de una vida feliz.

2.ª Edición
Tocar los libros hará las delicias de los amantes de la lectura y del libro, editores, bibliotecarios, libreros o lectores, bien sean bibliófilos bien bibliópatas. Un homenaje desenfadado a la literatura y al mundo de los libros, que con cierto tono autobiográfico explora el territorio de las bibliotecas personales y nos redescubre el particular arte de la dedicatoria.

Considerado en un principio como la «travesura» de un muchacho, *Un corazón bajo una sotana* es más bien un texto clave y de claves, cuyas sombras ayudan a la comprensión de buena parte de la obra más agresiva de Rimbaud, e incluso de su postura vital frente a la poesía y quizá de su abandono definitivo.

Para más información visítanos en
www.forcolaediciones.com